

Saturo y Felicidad, compañeros de Perpetua

El 7 de marzo del año 203 morían en Carthago unos jóvenes cristianos, víctimas de la persecución. Algunos de ellos pudieron escribir, mientras permanecían en las diversas cárceles en que estuvieron prisioneros, lo que vivieron aquellos días. Después de su muerte, un testigo presencial completó estos diarios con la narración del martirio. En este número presentamos las noticias que nos han llegado de dos de ellos, que acompañaron a Perpetua en su martirio.

Saturo. Saturo tuvo una visión unos días antes del martirio. Sueña que ya han muerto y que cuatro ángeles los llevan, a él y a Perpetua, hacia el oriente, sin tocarlos con sus manos. Mientras los llevan los cuatro ángeles, se abre un gran espacio, como un parque de árboles de rosas y de todo tipo de flores. Los árboles son altísimos y sus pétalos olorosos caen sin cesar para dar la bienvenida a los mártires. Había otros cuatro ángeles, aún más gloriosos, que cuando los ven les rinden honores y dicen a los demás ángeles, con admiración: “Aquí están. Aquí están”. Allí se encuentran con Jucundo, Saturnino y Artaxio, que habían sido quemados vivos en la misma persecución, y con Quinto, que había muerto mártir en la cárcel. Los ángeles dicen entonces: “Venid, entrad y saludad al Señor”. Entran entonces en una construcción cuyas paredes parecen de luz. Ante la puerta hay otros cuatro ángeles que visten a los que entraban con unas túnicas blancas.

Allí se oye un coro de voces que dice sin cesar: “Santo, Santo, Santo”. En aquel lugar hay un hombre sentado, que tiene los cabellos blancos y el rostro juvenil. A su derecha y a su izquierda hay cuatro ancianos, y tras ellos otros muchos. Entrando con gran admiración, los jóvenes se detienen ante el trono, los cuatro ángeles los levantan y ellos besan al anciano.

Los demás ancianos dicen: “Pongámonos en pie”. Entonces, todos se ponen de pie y se dan la paz. Saturo y Perpetua ven entonces fuera, a las puertas, al obispo Optato y a Aspasio, el presbítero y doctor, separados y tristes. Éstos les piden: “Mediad entre nosotros, porque salisteis y así nos dejasteis”. Era costumbre acudir a los mártires para pedir la paz de la Iglesia. Esto explica que obispo y presbítero les pidan su intercesión para poner fin a sus disensiones. Los futuros mártires les responden: “¿No eres tú nuestro obispo y tú un presbítero, para que os postréis ante nosotros?” Esta postura humilde de Saturo y Perpetua recompone la unidad y, después de abrazarse, se retiran todos a un lugar apartado, bajo el rododendro, que era signo de gran honor, y mientras se entretenían en una amable conversación, les dicen los ángeles: “Dejadles que descansen y si hay disensiones entre vosotros, perdonaos mutuamente”. Saturo y Perpetua comenzaron entonces a conocer a otros hermanos, también mártires. Saturo termina su relación añadiendo: “Todos nos alimentábamos con un olor indescriptible que nos saciaba. Entonces, todo contento, me desperté”.

La víspera del combate era costumbre ofrecer a los condenados a muerte una espléndida cena. Los cristianos, en la medida en que era posible, no tomaban esta cena, sino que celebraban el ágape, pero a estos mártires no se les permitió conmutar el último alimento y, mientras cenaban, el pueblo hacía mofa de ellos. Los cristianos les respondían advirtiéndoles del juicio de Dios y testimoniando la felicidad de su pasión. Muchos de ellos creyeron. Cuando amaneció el día de su victoria y salieron de la cárcel hacia el anfiteatro, iban tan contentos como si fueran hacia el cielo, con el rostro iluminado, temblando de alegría más que por temor.

Saturo aprovechaba para exhortar al soldado Pudente. Tenía además la

convicción de que iba a morir con una sola dentellada de leopardo. Al final del espectáculo, el leopardo, de un solo mordisco, le hizo perder tanta sangre que el pueblo, remedando el saludo habitual entre los que se dirigían a las termas, le decían mientras pasaba: “¡Feliz baño! ¡Feliz baño!”. Reían del baño de sangre que iba a tomar el condenado, pero éste lo interpretaba en clave cristiana, considerando que el martirio era un segundo bautismo.

Cuando salieron de la cárcel hacia el anfiteatro, Saturo aprovechaba para exhortar al soldado Pudente: “Adiós.

Acuérdate de la fe y de mí, y que estos sufrimientos no te inquieten, sino que te confirmen”

Saturo dijo entonces al soldado Pudente: “Adiós. Acuérdate de la fe y de mí, y que estos sufrimientos no te inquieten, sino que te confirmen”. Entonces le pidió el anillo que llevaba en el dedo y metiéndolo en la herida se lo devolvió como herencia, dejándose en prenda y recuerdo de su sangre. El pueblo pidió que los llevaran en medio, para verlos mejor. Ellos, entonces, se levantaron de nuevo y se trasladaron a donde quería el pueblo, besándose antes mutuamente para consumir el martirio con el rito de la paz. Los demás, inmóviles, recibieron el remate en silencio y Saturo, que había sido el primer bautizado del grupo, fue el primero en morir.

Felicidad. Felicidad había sido detenida encontrándose embarazada de ocho meses. Según las leyes de la época, no